
ULTIMO TREN A SAN FRANCISCO

Mención

Evodio Escalante Betancourt / Escuela de Derecho de la Universidad

Juárez, Durango

No íbamos a ninguna parte. No, nunca íbamos a ninguna parte. Caminábamos simplemente. Sobre las suelas de la nada, bajo el hule del cielo. ¿Con qué rumbo? A ningún rumbo, sin rumbo. Para llegar a algún lado hay que salir de sí, salir, es la palabra, salir, aunque sea con la ceguera del golpe que se tira de pronto y al vacío, sobre el fantasma de uno mismo, pero salir. Tú y yo no nos abandonamos nunca, siempre fuimos lo mismo: dos corazas de hierro, dos transatlánticos enormes y vacíos, espantosamente vacíos. Nunca salimos. Cuando lo hicimos, jamás nos encontramos. No importa que navegásemos juntos, por la misma banqueta, por la misma calle aterida de un septiembre inaudito. Pesadamente caminábamos, sin rumbo, sin destino, mortificando nuestras vidas; cada quien con sus propias razones, por sus propios motivos. . . Decidimos a mitad de camino que no iríamos al parque. Hasta en esto lograba advertirse cuán difíciles éramos, y cuán distintos. Cuán distintos nos habíamos hecho. Porque yo era tu obra, del mismo modo que tú eras mi obra. “Logras exasperarme”, te dije. ¿Así fue. . .? No lo recuerdo exactamente. Eran momentos de indecisión. Los dos titubeábamos. Al parque no íbamos, y esto era definitivo. Quizá no se tratase de una verdadera indecisión, sino de ese momento opaco y turbio que le precede. Algo que oscilaba extrañamente entre el bochorno y la nada: “Verdaderamente logras exasperarme” —creo que así fue—, y luego seguimos caminando. Ignoro si miraste la punta de un árbol; acaso buscando cuervos. ¿O golondrinas, o mirlos importados? Confieso que no conozco nada del alma femenina. Quizá no mirabas la punta de ningún árbol, ni buscabas tampoco golondrinas o cosas por el estilo. Bien pudo ser que alzaste la mirada tan sólo por pensar en mí, sí, aunque suene extraño, por pensar en mí. Admito que a menudo el cuerpo del hombre es algo tan pesado, tan magnéticamente turbio, que para pensarlo hay que buscar un mínimo de separación, de elemental lejanía. ¿Pensabas en mí? Bueno, en realidad no importa mucho. Lo fatal es que caminábamos sin rumbo. No llevados por la inercia sino cargándola, nosotros mismos, sobre nuestras espaldas, como si se tratase en verdad de dos enormes piedras calendáricas. Sí, lo sabíamos tanto tú como yo: debíamos temer momentos como éste. Los días, el tiempo, todo lo que está detrás se había petrificado y se volvía presente. Me mortificaba sentir que todo esto estaba hecho, que era algo dado ya, un ya inmodificable, imprescindible, eterno. Estábamos condenados a cargar para siempre estas mochilas terribles e infinitas, y que a la vez nos envolvían tiernamente como salvándonos de la destrucción. Cuando al final me miraste, tus ojos delgados y en soslayo, comprendí que no contestarías más, que nada dirías. Materialmente nos hundíamos: el piso era de chi-

cle. Chicle del medio día: caluroso, pastoso, casi la lengua de una hiena. Daba trabajo alzar los pies. Aquel cemento líquido se adhería a los zapatos.

¿Por qué íbamos a sentarnos? ¿Por qué...? Aquí fue donde la ira se me metió en los ojos. Te miré largamente, fijamente, con dureza animal. No te miraba solo: te mirábamos. Desde dentro de mí también miraba un lobo, no sé si un lobo, en fin, un animal rabioso: tú también te llenabas de pelo y te crecía el hocico, lo mismo que a mí. Un hocico negro y rabioso, aunque también, pasivo, extrañamente pasivo, silencioso. En verdad, jamás te dije nada. Exasperado no es ni con mucho la palabra correcta. En fin, por más que no lo fuese, la he utilizado nuevamente. Debías seguirme, es lo que pensaba, aunque no lo dijese. ¿Para qué más explicaciones? ¿y por qué entonces ese gesto mudo y tu silencio como lápida? No te obligué a quererme. Me quisiste por ti sola. Jamás te soborné. Me presenté cual era; hasta en esto fui terco. Insistí en la ingrata tarea de mostrarte todas mis caras, incluso las más ocultas y perversas. Y fui totalitario: quería que me quisieras no por mis apariencias, que me tomases como un todo; que tu amor no creciese sobre la vana y pulida superficie. Me explico, sin concederlo, que haya sido un error.

Trato de comprenderlo. ¿O no sería esto...? Domingo, día de descanso; el viento inmóvil ha perdido los dientes; el sol es un ojo diabólico que ha extraviado su cuenca, y parece buscarla en el vértigo de una desesperante inmovilidad. Cosa rara: el sol me hace pensar, me hace vivir la música; Vivaldi, Juan Sebastián Bach. Los estoy escuchando. Un trozo de Brandemburgo, otro del clavicordio bien temperado. Revueltos, entrecortados. Cosa de maravilla, sí, pero no en cualquier circunstancia. Domingo, día de sol: siento que las notas se derriten dentro de mi cabeza como una nieve de sabores. Las cuerdas del clavicordio, suaves y tenues, casi inexistentes, delicadas y débiles a cuán más, parecen desvanecerse instantánea y fisiológicamente en medio de esta turbación y este calor sanguíneo que las ha propiciado. Es un sol increíble. Incluso ve por su pesadez, por su talla de cíclope. Te miro y alcanzo a comprender cuán lejos estamos; cuánto irreparable daño nos hemos hecho. Pero no me duele. Más bien estoy sorprendido. Me sorprende no haber imaginado nunca que teníamos que ser así, como ahora somos y estamos, acabados por fuera y por dentro, sin esperanzas de salvarnos. Quise decir algo, pronunciar una frase, expresar de algún modo mi ira contenida. Exasperado no fue bastante. Se me atoraba en la garganta algo más fuerte que cualquier frase o cualquier palabra. Era el silencio, o mejor, una rabia descomunal y biológica, pero torpe y difusa, extraordinariamente difusa, capaz de posarse en cualquier objeto. Y gritaste. Lloraste. Pediste socorro inútilmente. La calle se tragaba esos gritos que no lograban herir sus tímpanos helados, y era lo mismo que si se tragase los gritos de los carros o los aullidos insólitos y horribles que va lanzando, como un rumor, apenas como un rezo, la procesión de los humanos. Y después... ¿fue después? ¿no fue antes? No lo recuerdo bien. Esa noche me rayaste la madre. Lo hiciste en el momento menos indicado. No lo esperaba, es cierto, pero tampoco me afectó. Fue casi como una flor, un piropo.

Y me acordé de mi madre, pero no como querías: mi madre previniéndome contra eso que hacía, deplorándolo de verdad, diciendo que podía secárseme para siempre, irremediablemente para siempre. Y hasta quise hacer uso de ella, con toda violencia, de mi mano pesada y vengativa; pero en realidad estaba o un tanto complacido o un tanto exhausto para hacerlo. De todos modos había que chingarse, había que joderse, lo sabía. Sí, esta era toda la verdad del mundo: una fuerza sobreponiéndose a la otra, dominándola, vencéndola; pero una fuerza tal que se imponía incluso sobre los propios

hombres, sus sujetos, convirtiéndolos en objetos, también en subyugados, en víctimas. Una fuerza irracional y ciega, dijérase ajena al hombre mismo, como si no saliese de él. Yo lo sentía, nítidamente, ancestralmente, lo sentía del mismo modo que he sentido el primer trago de mezcal cuando va resbalando en medio de un raro escalofrío: este tipo de fuerza es el que mueve al mundo. No cualquier otro sino éste, y sin embargo, yo estaba en paz, debes reconocerlo, hasta que, no sé con qué grado de sinceridad, me urgiste a que me apresurara. Me lo habías dicho casi al amanecer, sin pensar las palabras; que acabara pronto. Si no fue así exactamente, total, tampoco quiero llenar con x otro nuevo renglón, al fin es lo mismo. Lo hiciste de toda intención: sabías que ahí me herías. Que ahí dabas en el blanco, o en el negro, como quiera que sea, en ese punto sensible donde se cruzan mis instintos. ¿Cómo montarte pues de nueva cuenta? O mejor dicho, ¿cómo no montarte de nuevo? ¿cómo no seguir ahí empecinado hasta el fin de los tiempos? Y luego también: ¿cómo no reaccionar así, como una bestia enloquecida, como una bestia terca que necesita encontrar en su propia terquedad los límites de una fuerza perdida? Si no por amor, tu deber era permanecer junto a mí por una especie de solidaridad cósmica. Me habías escogido y yo te había escogido. Eramos la pareja, un amasijo, un abrazo de fuerzas. Nos utilizaba un erotismo que nunca fue verdaderamente nuestro, que residía en otra parte, en algún otro lugar. No nos pertenecíamos: lo que se pertenecía eran esas fuerzas tuyas y mías que nos habían brotado lentamente, a través de los años, sin nuestra voluntad y sin nuestra conciencia, hasta anudarse como enredaderas. Un mutuo juego de señas y respuestas las había hecho crecer y buscarse, entrelazarse ciegamente. ¿Por qué negarse pues? Tú no tenías derecho a desgarrarlas. Ni yo tampoco, por más que te confiese que a mí también había llegado a desesperarme el peso agobiante de toda esta historia petrificada. Sin embargo, después de todo, fui paciente, mucho más paciente que tú. Y mucho más terco. No debíamos parar: debíamos seguir en esta tarea que no era la nuestra. Seguir moviéndonos y caminar, aunque fuese así, sin brújula, sin derrotero alguno, sin rumbo qué seguir. Desnudos, enteramente desnudos. Sin utopías ni tierras de promisión. Caminar, caminar, como aztecas absurdos. Condenados a una especie de movimiento perpetuo, sin principio ni fin, a un nomadismo enloquecido, sin el antecedente de un aztlán y sin pretender tampoco un lugar dónde levantar las pirámides de unos dioses en los que definitivamente no creemos. Sólo dos fuerzas físicas al margen de toda idea moral. Unidos totalmente desde el principio de los tiempos hasta el fin de los tiempos. Como el sol y la flor. Como el cristal y el hueso. Lo mismo que un lobo con dos almas, divididos en lo más íntimo, condenados a sufrir un antagonismo innato, a penar para siempre. Así nos hemos buscado entre las sábanas, desde hace mucho tiempo, sin anotar los éxitos. De una manera febril y despidada. Primitivamente, como los primeros hombres que habitaron la América poblada por el hielo. Imagino la cara que pondrías si pudieras leerme ahora el pensamiento, si abrieras ahora los párpados y me captaras los pensamientos. Me regalarías una sonrisa tuya, completamente incrédula. Yo podría pensar que cuando te conocí no la tenías aún. Aunque la tenías de todos modos, porque todo este tiempo no es sino una sola historia: el desarrollo de un embrión, el aborto de un feto que no termina nunca. Sí, ya desde entonces esta búsqueda, ya desde entonces estas salidas con estrépito; las insomnes jaurías que mutuamente desatamos con la vieja consigna de buscarse, encontrarse y luego devorarse, sin rastro de piedad, hasta que el último cráneo rodase con los ojos danzantes y perdidos. Sí, esta es nuestra historia. Me muevo encima de ti. Me muevo nuevamente. Desde el principio. Soy un taladro biológico; eres la tierra que me abraza. Nuestra historia, la nuestra,

pero con una variante: nos buscamos y nos devoramos sin piedad, pero jamás nos encontramos. Mírame, debes abrir los párpados y mirarme, así, de frente, sin miedo. ¿Este odio no es también otro rostro de la ternura. . .? Salimos, creemos que salimos. Desesperadamente queremos encontrarnos. Quizá tan sólo lo creemos. En fin, bien puede ser el último, el último de los abrazos. Hay que vivirlo plenamente, con verdaderas ansias de eternidad. Cuando cualquiera de los dos esté en posibilidad de saberlo, será ya muy tarde. Sólo existe el presente. O el instante tardío. Los cuerpos están unidos. Y los pechos. Los pechos: ligeramente saltan y se estremecen como dos mariposas que tienen frío. Nadie ha salido de sí. Nadie se encuentra. Sólo dos puertas que coinciden y se abren al unísono, como una sola puerta, mostrando la doble cara del vacío.

Siendo
Director General de Publicaciones
Jorge Gurría Lacroix
se terminó la impresión
de *Punto de Partida* 23-24
el día 22 de octubre de 1971
La tipografía se hizo con
Bodoni 12:13, Baskerville 11:12
Se tiraron 2 000 ejemplares